

Introducción a libro sobre Olmedo a publicarse en el año del Bicentenario

Guillermo Arosemena Arosemena

El historiador Francisco Campos, al referirse a José Joaquín Olmedo considera que “...*debe ser considerado bajo dos aspectos. El Primero como hombre público, cuya vida entera ha sido un constante y continuado servicio a la Nación; el segundo como hombre de letras, cuyas obras le han llevado a la más encumbrada altura*”. Mi libro trata sobre su vida pública. Muchas obras se han publicado sobre él, pero lo único estudiado hasta el cansancio es su poesía. Ella se analiza palabra por palabra de cada estrofa. En contraste, la historia no reconoce la importancia de Olmedo en la Independencia de Ecuador; los historiadores se limitan a identificarlo como el gran poeta de lo que fue América española. El historiador Abel Romeo Castillo lo reconoce cuando afirma “...*la vida del hombre de Estado, la del insigne jurista y legislador, que fue impulsado por sus compatriotas a enfrentar difíciles circunstancias políticas, no ha sido suficientemente estudiada*”.

Olmedo fue mucho más. Ser poeta en la historia no tiene la misma importancia que ser gran estadista, como él lo fue, en toda la extensión de la palabra; lo demostró en los importantes cargos públicos que desempeñó: su trabajo en las Cortes de Cádiz, diputado y secretario (1811 a 1814); su participación en el 9 de Octubre (1820); presidente del Gobierno Provisorio de Guayaquil (1820 a 1822), Diputado en el Parlamento de Perú y miembro de la comisión que redactó la Constitución peruana (1822-1823), Ministro Plenipotenciario de Perú en Inglaterra (1825-1828), Prefecto (1829), Vicepresidente de Ecuador (1830), Presidente de la Convención Nacional de 1835, Alcalde de Guayaquil (1838), Gobernador interino de la Provincia de Guayaquil (1839), y uno de los líderes de la Revolución de 1845. Además, tuvo otros cargos de menor importancia, entre ellos: redactor del periódico El Patriota de Guayaquil, Corregidor, Subdirector de Instrucción Pública, Administrador de Sales y miembro de la Junta de Camino. Olmedo sigue sin conocerse. Tan larga y fructífera carrera pública debería ser incluida adecuadamente en la historia. Aún falta escribirse acerca de su legado, como Zúñiga escribió 16 tomos sobre Vicente Rocafuerte (1945).

Las fuentes más confiables para un historiador son las cartas de los protagonistas. Existiendo centenares escritas por Olmedo, llama la atención que no todas hayan sido debidamente analizadas. Hay misivas en el exterior: Lilly Library de la Universidad de Indiana en Estados Unidos, Memorias del General O’Leary, Historia del Perú Independiente y en biografías de Olmedo escritas por historiadores extranjeros, entre otras fuentes externas. Ha existido poco interés en los historiadores al no haber revisado todas para escribir una biografía completa de tan ilustre guayaquileño. Hay documentos en España y Perú donde pasó muchos años. En este nuevo libro sobre Olmedo, se lo conocerá a través de su correspondencia. Por falta de espacio no es posible comentar todas; se ha seleccionado las cartas más importantes de cada época de su vida, comenzando por las que escribía a sus padres desde Lima. No hay mejor homenaje a tan preclaro ciudadano que dejarlo narrar su vida, triunfos y derrotas.

Esta obra sobre Olmedo no es una biografía más; no incluye su vida como poeta, ni analiza sus poesías. La principal labor del historiador es escribir sobre lo que no está investigado. No tiene sentido escribir sobre lo mismo, no se aporta nada nuevo. Me ha interesado conocer qué hizo en Cádiz además de leer su discurso sobre las mitas; su rol como responsable de la Junta de Gobierno de Guayaquil, su desempeño en Lima durante los años que vivió en Perú, qué hizo en Londres cuando representó a Perú en el reino de Gran Bretaña, su actuación desde que fue legislador en la primera legislatura de Ecuador hasta su participación en la Revolución de 1845.

De todos estos períodos, muy poco se ha analizado su función como presidente del Gobierno Provisorio de Guayaquil, entre fines de 1820 y fines de Julio de 1822. No ha sido debidamente estudiado para conocer el Olmedo estadista, político, estratega y diplomático, pero al mismo tiempo implacable defensor de los intereses de Guayaquil. Uno de los buenos libros sobre Olmedo, apenas dedica 20 páginas de las 580, a describir la labor de Olmedo en esos años. El biógrafo Enrique Piñeyro tiene una magnífica descripción de él *“No es posible decir con cabal exactitud que fuese Olmedo hombre de estado o activo adalid político; y es lo cierto sin embargo que la política ocupó toda su existencia. A pesar de que sus virtudes domésticas, su carácter apacible y conciliador, lo mismo que su hermoso genio poético y su amor al estudio, debieron a una alejarlo del campo de las luchas implacables, de los rencores homicidas, de las rivalidades feroces, penetró en la palestra política y en ella se mantuvo desde la primera hora que fue dado a los americanos dedicarse a los asuntos públicos...”*

Olmedo mostró su cualidad de líder cuando aceptó la responsabilidad de asumir la presidencia de la Junta de Gobierno y organizar un ejército para liberar el resto de la Audiencia de Quito, En más de una ocasión no tuvo miedo de enfrentarse a Bolívar y demás subalternos como Mires, Sucre, Flores, entre otros. En lo militar, sin tener experiencia, Olmedo fue planificador, estratega y experto logístico, preocupado de mínimos detalles, como se evidencia en numerosas cartas a Toribio Luzuriaga, general peruano, que reemplazó a Febres Cordero y Urdaneta, tras la derrota de Huachi; también al General José Mires de Colombia, Sucre, San Martín y otros. Olmedo supo rectificar y tomar decisiones duras y oportunas para consolidar su autoridad. Entre ellas, destituir a Gregorio Escobedo, militar peruano que actuaba de jefe militar, quien aprovechándose del cargo había dañado la imagen de Olmedo y las libertades por las que luchaba. En carta a San Martín (22/11/1820), le explicaba lo sucedido: *“La principal acusación consistía en haber Escobedo conspirado contra este país, preparando la fuerza armada para atacar la Representación de la Provincia”*. Otra acusación: *“...habiendo preso, desde el primer día, a todos los europeos sin distinción; y encerrándolos en un pontón estrecho, se echó sobre sus bienes, los cuales no entraron en los fondos públicos. Más de ochenta europeos fueron remitidos al Chocó, y sus propiedades ocupadas han desaparecido...”*.

Olmedo conoció el fracaso, pero este jamás lo venció; frente a las más duras derrotas, mostró optimismo y elevó la moral de subalternos y Libertadores. No buscó cargos públicos, se los ofrecían por sus conocimientos y experiencia, no aceptó todos. Ejemplo, como diputado en Lima fue invitado a formar parte del Congreso y ayudó a redactar la Constitución. Años después, Olmedo mostró su capacidad de liderazgo en los cargos que ocupó. A diferencia de Rocafuerte, Olmedo fue sencillo, no beligerante ni extremista, sin mayores poses, especialista, gran abogado y constitucionalista, conciliador, tomó riesgos calculados, se especializó en limar asperezas y en conseguir consensos. Fue muy apegado a su familia y país por lo que sufrió mucho en sus largas estadías en el exterior, en total, más de 15 años. En lo que Rocafuerte y Olmedo coincidieron fue en ser liberales y nacionalistas. Tuvieron personalidades opuestas y no coincidieron en las estrategias a seguir. Fueron cercanos a Juan José Flores y luego terminaron de enemigos.

Entre otros escollos que encontró Olmedo estaba el cómo manejarse en buenos términos con San Martín y Bolívar, dos genios de la guerra que habían puesto la mirada en Guayaquil, adonde comenzaban a enviar representantes para firmar acuerdos, lo que hoy se llaman alianzas estratégicas. Olmedo estaba consciente de que los necesitaba y no podía romper relaciones, por lo que se manejó con diplomacia, sin perder la dignidad y tratando de no mostrar inclinación por alguno de los dos. Olmedo mostró habilidad para aprovechar el momento y obtener de San Martín y Bolívar, lo que más convenía a los intereses de Guayaquil. Con el primero no tuvo el mismo número de correspondencia que con el segundo y da la impresión de que Olmedo se encontraba más gusto con San Martín. Las cartas a ellos son de diferentes tonos, unos diplomáticos y otros

autoritarios. A Olmedo no le tembló la mano cuando escribió en duros términos a los dos libertadores y sus representantes. Bolívar y Sucre fueron más frontales que San Martín, por lo que desde sus primeras comunicaciones pretendieron que Olmedo no tuviera mayor contacto con San Martín.

Su relación con Bolívar fue muy peculiar. Después de julio de 1822 la vida de Olmedo estuvo atada a la de Bolívar hasta 1830, año de su muerte. Fueron dos personas que se necesitaron mutuamente. La lectura de las cartas entre ellos me hizo ver su ambigua relación. Cruzaron cartas entre 1821 y 1829; algunas muy amables y excesivamente halagadoras contrastaban con otras muy duras, en términos violentos. Se vieron en dos ocasiones: Guayaquil, julio de 1822, cuando Bolívar llegó a Guayaquil y asistió a un banquete en casa de Bernardo Roca, y en la Casa Consistorial. El General Gerónimo Espejo, en su obra sobre la entrevista entre Bolívar y San Martín, no indica que cruzaron palabra, además del saludo protocolario. La segunda vez fue en Quito en 1823 cuando encabezando una delegación peruana lo visitaron para que terminara la Independencia de Perú. Durante la guerra entre Colombia y Perú, agosto de 1829, Bolívar pasó varios meses en Guayaquil; Olmedo ya se encontraba de regreso de Londres, pero no hay evidencia de que ellos se vieron. Por esa fecha Bolívar le ofreció el Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Colombia, pero no se lo propuso personalmente. ¿Si pasó meses en Guayaquil, por qué no lo invitó a una reunión y ofreció el cargo?

A través de las numerosas cartas de Olmedo, se puede uno dar cuenta de que, a pesar de no haber buscado cargos públicos, fue un hábil estadista y supo conducir a la Provincia de Guayaquil por el camino correcto. Demostró ser amante de las libertades; los desencuentros con Bolívar, Sucre y luego Flores fueron por defenderlas y criticar su actitud autoritaria. Él conocía sus limitaciones y las hizo públicas en una carta a Sucre fechada el 18 de octubre de 1821: "*Yo no he nacido para este puesto: el retiro, la soledad y la comunicación con las musas eran convenientes a mi genio y carácter; mandar, regir, moderar un pueblo y en revolución no es para mis fuerzas intelectuales y físicas personaje de muchas facetas*". El Olmedo descrito por nuestros historiadores, no es el Olmedo de sus cartas, al final tuvo que ceder, no por ser débil, sino por práctico, estaba en desventaja frente a Bolívar.

La verdad histórica jamás se conoce, la labor de quien estudia e interpreta la historia es intentar aproximarse a la veracidad. Para lograrlo es preferible trabajar con fuentes primarias, no con historias escritas por terceros, décadas después de ocurridos los eventos. Hay historias que sí son confiables, particularmente las redactadas en fechas cercanas a lo que se cuenta en la obra; se lo debe hacer libre de prejuicios y sin ideología. En el siglo XIX, la mayoría de historiadores ecuatorianos escribieron guiados por sus ideologías liberales o conservadoras, restando objetividad a sus obras; en el XX, de acuerdo a la ideología de derecha o izquierda. Los primeros en escribir sobre la historia de la Independencia fueron historiadores libres de prejuicio, protagonistas y testigos de la Independencia. En esos años formativos, lo que tenían que hacer los dirigentes políticos era decidir si querían vivir en un país independiente o estar supeditados a otro; tener un régimen federal o centralista; vivir en libertad o con restricciones para incursionar en lo que uno deseaba hacer.

Al iniciar el siglo XIX seguramente hubo celo y agendas escondidas o públicas entre los miembros de las élites. Abunda información sobre cada uno de ellos para formarse una idea de su personalidad, forma de pensar y actuar, tipo de liderazgo que ejercían, etc. Siendo Bolívar el principal protagonista, fue quien recibió la mayor atención de los escritores de la época, por lo tanto, sobre el que más se ha escrito y analizado. ¿Qué hay de verdad sobre las numerosas censuras a Bolívar, Santander, San Martín, etc.? ¿Serán verdades a medias? Acerca de ciertos hechos hay evidencias, de otros, no.

El 9 de octubre de 1820, es la fecha en que se inició la Independencia de Ecuador; los guayaquileños, comerciantes por tradición, estaban cansados de las trabas puestas por la Casa de La Contratación y Consejo de Indias, instituciones que en la América Española imponían políticas económicas y leyes de la Corona. Para fines del siglo XVIII, España tenía el sistema mercantilista más atrasado de Europa, no por falta de buenos economistas. Jerónimo Uztaiz, Bernardo Ward y Pedro Rodríguez Campananes, en sus obras habían expresado su oposición a monopolios, excesivos impuestos que no hacían competitivos a los productos españoles, en los mercados internacionales, ocasionando así continuos déficits en la balanza comercial; prohibición a los extranjeros de vender o comprar bienes en puertos de origen y no transar con residentes en las colonias, prohibición del desarrollo industrial y obligación de los colonos a pagar precios exorbitantes por los bienes que vendían los comerciantes de Cádiz y Sevilla; estos últimos se marginaban inmensas ganancias, impidiendo ahorrar a los colonos.

Los guayaquileños se sentían engañados porque las leyes del Libre Comercio promulgadas en 1788 no se habían cumplido de acuerdo a sus expectativas. Si bien las cuotas anuales de cacao a Nueva España (Méjico), mayor mercado de cacao del mundo, habían terminado, así mismo la todopoderosa Real Compañía Guipuzcoana de Venezuela, José García de León y Pizarro, enviado del Rey a la Audiencia de Quito (ADQ) para implementar las Reformas Borbónicas se concentró en ejercer mayor control sobre la economía, crear más impuestos e incrementar el tamaño de la burocracia para aumentar el número de áreas de monopolios. José Villamil resumió muy bien el enorme costo para Guayaquil por haber estado bajo el dominio español: *“Si tres siglos de ignorancia, monopolio, trabas y prohibiciones, no hubieran atado nuestras manos; nuestra opulencia habría llegado al más alto grado, y esta provincia, señora del Pacífico, no tendría un palmo de tierra sin un habitante, ni un vecino sin finca ni caudales[...] dentro de breves años la cadavérica provincia de Guayaquil, despreciada y deprimida por los gobernantes españoles, será como una joven robusta, hermosa y rica, cuyos hijos a la sombra del árbol de la Independencia, serán virtuosos y felices porque serán industriales y libres”*.

Hay historiadores de provincias serranas que critican la falta de interés de Guayaquil a unirse al movimiento que terminó en el 10 de agosto de 1809, alegando que los empresarios guayaquileños estaban conformes con la Corona por haber liberalizado las exportaciones de cacao. Lo contradictorio en la actitud de los habitantes de Quito fue haber derramado sangre para que regresara al poder Fernando VII, cuando las Reformas Borbónicas causaron la quiebra de la actividad obrajera y sumergió a toda la sierra en profunda depresión. Si los ricos obrajeros hubieran modernizado sus obrajes (fábricas artesanales de textil), hubiesen podido competir y seguir exportando ponchos, pantalones, alpargatas y telas a otras regiones de la América Española.

Las ciudades de las provincias serranas habían quedado sumidas en la miseria por la quiebra de los obrajes y devastación de los árboles de quina, por lo que Guayaquil era la única ciudad en la ADQ que tenía los recursos económicos para financiar la Independencia. Juan Antonio Monroy y Velarde informó extensamente al Rey la tragedia ocurrida: *“...esta capital (Quito) que habiendo sido una de las ciudades más ricas y opulentas de América por sus fábricas y manufacturas, se ve hoy llena de ruinas [...] dando un [...] testimonio de su pasada opulencia y actual miseria[...] Aquellas que en otros tiempos ocupaban el primer rango de la nobleza y prodigaban sus caudales en suntuosos edificios y magnífico adorno de sus casas, se hallan hoy reducidas casi al estado de mendicidad sus fincas gravadas y ruinosas”*. Entre 1702 y 1803, los impuestos en Quito a las actividades mercantiles fueron 86 pesos por persona de promedio, mientras en Guayaquil, 325. En el mismo período el impuesto pagado por los indígenas en Quito totalizó 6,268.895 pesos, cuando en Guayaquil apenas sumó 397.213. Los montubios no tributaban como los indígenas. Los productores costeños pagaban salarios más elevados por no haber suficiente mano de obra

en la provincia de Guayaquil. Es la ley de oferta y demanda. Si en el exterior se comenzaba a demandar cacao, los guayaquileños aumentaban el área de siembra y requerían mano de obra para lograr sus metas.

Guayaquil era una sociedad que los extranjeros admiraban por tener casi todas las condiciones de ciudad pujante y gran potencial económico. En numerosas cartas y crónicas de visitantes extranjeros, se observa la admiración para el puerto. Según O'Leary: *"Guayaquil llegará a ser algún día el emporio del Sur. Su situación geográfica, la fertilidad de su suelo, la abundancia y variedad de sus producciones y el hermoso río que la baña, le proporciona facilidades para su extenso comercio interior y exterior"*. El inglés Henry Wood, primer Cónsul de Gran Bretaña en Guayaquil, agregaba: *"...hay muy pocos puertos que poseen tan vasta ventaja natural como Guayaquil...el país es capaz de producir una inmensa cantidad de productos exportables [...] por la facilidad de tener numerosos ríos, se facilita el transporte del comercio [...] Guayaquil podría convertirse en uno de los departamentos más valiosos de la Gran Colombia"*.

Guayaquil contaba con europeos y estadounidenses por lo que había estado expuesta a nuevas corrientes de pensamiento, sin embargo, no era fácil para los guayaquileños adoptarlas. Estos habían vivido bajo el sistema económico español, el más atrasado en Europa. Es el caso de la fuerte oposición que José Villamil, nacido en Luisiana, puso al nuevo Reglamento de Comercio, que en la práctica era el español con pequeñas modificaciones. No se requería ser experto en economía de vanguardia para darse cuenta de que la provincia de Guayaquil era inmensamente rica y a pesar de su idiosincrasia española, estaba en condiciones de manejar mejor su futuro que siendo súbdito de un imperio decadente. José Manuel Restrepo, posiblemente el primer historiador colombiano, leyó el pensamiento de los guayaquileños y ciudadanos de otras regiones de las colonias españolas cuando escribió: *"Que naciones poderosas, ricas e industriosas como la Francia e Inglaterra hayan querido tener el comercio de sus colonias americanas es una resolución excusable, pues eran capaces de proveerlas con las manufacturas de su propia industria, y de consumir de la madre patria los frutos coloniales. Pero que la España a principios del siglo XIX, cuando no tenía manufacturas, población ni marina, haya querido monopolizar el comercio de México y de toda la América, países muchos más vastos, ricos y poblados que la península, era una locura extremada y un estado de violencia incapaz de durar mucho tiempo"*. Los guayaquileños no querían inventar nada nuevo, querían seguir los modelos inglés y estadounidense basados en combinación de gobiernos republicanos con economía liberal, remover todas las barreras impuestas por el mercantilismo español sustentado en monopolios, excesivos impuestos, corrupción, restricción en cantidad de mercados, etc.

Entre 1800 y 1820, la gota que derramó el vaso fue el descenso de la actividad económica guayaquileña por la disminución de las exportaciones de cacao y del precio, así como caída en la producción de tabaco. Los productores perdieron dinero y los tributos continuaron golpeando sus bolsillos. Los productos primarios tienen ciclos de alta y baja demanda y oferta, factores como el clima (sequía o exceso de lluvia), epidemias o conflictos en los países importadores. Hay que tener presente que Europa estuvo en guerra desde fines del siglo XVIII hasta alrededor de 1814. Si se revisan los ingresos de las Cajas Reales (Tesorería) de Guayaquil, en 1801 fueron 865.472 pesos; en 1802, el total cayó a 696.306, en 1803 a 644.862 y 1804, último dato disponible, a 464.671. Los guayaquileños estaban descontentos de que los dineros recaudados por sus esfuerzos se remitieran a Lima. En 1801 se enviaron 85.993 pesos, en 1803, el valor fue inferior, 46.067. El dinero no fue solamente a Lima, se usó en Colombia para financiar en parte, obras de infraestructura; también se invirtió en otras ciudades de la ADQ. A los guayaquileños no les quedaba otra alternativa que buscar la Independencia y tenían que hacerlo solos, el resto de las grandes ciudades sufrían una depresión económica que pasaba de veinte años.

Sin Guayaquil, la Independencia de Ecuador hubiera tomado mucho más tiempo. Hay numerosas razones. La primera, Sucre y sus 1.500 o más soldados no hubieran podido llegar a Santa Elena y albergarse a las afueras de Guayaquil. El viaje y manutención de su tropa significó mucho dinero que no salió de la sierra. Haber ingresado por Guayaquil fue buena estrategia ya que se atacaba a los españoles en Quito por el norte y sur; en el norte la resistencia era muy fuerte, había miles de soldados españoles. Guayaquil aportó con la División Protectora de Quito conformada por cinco batallones. A estas tropas había que vestir las y alimentarlas. Guayaquil aportó con el arsenal arrebatado a los españoles cuando la ciudad se independizó. Las tropas peruanas que se unieron a la conquista del Pichincha también recibieron ayuda económica. Guayaquil continuó financiando a las tropas bajo Sucre en camino a Quito. La ruta fue tortuosa y necesitaba de toda clase de provisiones, incluyendo medicina. Bolívar no hubiera podido conseguir más financiación en Londres, sus representantes se habían desprestigiado. Finalmente está Olmedo con sus consejos a Sucre, al que hacía toda clase de sugerencias. Hay cerca de un centenar de cartas entre ellos. No se puede hablar de la Independencia de Ecuador ignorando a Olmedo, su participación fue esencial en la creación de la República de Ecuador.